

ciendo de la esperanza una virtud. La doctrina celestial del Evangelio da al alma un poder magnífico, el poder de la esperanza; y da al genio unas alas sobrenaturales para que vuele al ideal de la Belleza: las alas de la esperanza. Bendiga, pues, el arte, como bendicen las ciencias, como bendicen las sociedades cultas, el espíritu eminentemente progresivo de la doctrina católica!



CAPITULO IV.

DE CÓMO EL CRISTIANISMO HA REALIZADO EL PROGRESO.

I

Al terminar el capítulo primero, dijimos «que el último hálito de vida mortal que exhala el Cristo, es soplo de vida que impele á la humanidad por la senda del progreso.» Y en efecto, si filosóficamente, *á priori*, el cristianismo señala el principio de todo progreso científico, artístico y social, históricamente, *á posteriori*, es demostrable y patente el desarrollo de ese progreso científico, artístico y social por virtud del cristianismo.

San Pablo escribió en su Epístola á los hebreos: «Jesucristo era ayer, y es hoy, y será en los siglos.» Jesucristo es el Verbo, y el Verbo era en el principio. Jesucristo, prodigio de amor, murió por los hombres, y quedó entre los hombres por un misterio de amor: al terminar en la tierra su vida de Hombre, dejó en la tierra establecido su reinado de Dios, reinado que durará mas que

los siglos, reinado contra el cual no triunfarán las armas perpetuamente blandidas de Satanás.

Jesucristo obró prodigios y predicó verdades: las verdades y los prodigios trajeron en derredor de Jesucristo multitud de adoradores, cuyo núcleo formaban los doce humildes discípulos que se había dignado asociar á su obra de portentosa y feliz regeneracion.

Jesucristó, ántes de morir en la cruz, legó solemnemente el poder de atar y desatar, hizo entrega de la llave de los cielos en uno de sus Apóstoles, en el que plugo á su eterna sabiduría: *Tu es Petrus, dijo, et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam.* La congregacion de fieles, regida por San Pedro, es la Iglesia, la mística esposa de Jesus, la esposa á quien ama con sobrehumano amor, la esposa á quien asistirá por los siglos de los siglos: Cristo y su Iglesia son aquellos tiernos y castos esposos, cuyos suspiros de dulce arrobamiento resuenan en el *Cantar de los Cantares.*

La frase de San Pablo está cumplida: Jesucristo era ayer; era en efecto en la eternidad de los designios divinos: Jesucristo es hoy; lo es en efecto en su Iglesia santa: Jesucristo será en los siglos; lo será en efecto, porque contra su Iglesia santa no han de prevalecer las puertas del infierno.

II

La Iglesia, regida invisiblemente por Jesucristo su Divino fundador, y visiblemente por un Vicario suyo, en quien reside la plenitud del poder espiritual, ha cumplido á través de los siglos y á despecho de las vicisitudes, con la gran mision de maestra de las sociedades, procurando su salvacion en lo eterno por el camino de su mayor perfeccionamiento en lo temporal.

Los gérmenes del progreso científico, artístico y social existian en la doctrina del Salvador: el desarrollo de esos gérmenes, su crecimiento, su florescencia, su fruto, deben buscarse en el campo de la historia, á la luz pura y serena que irradia de la cátedra de San Pedro.

Diez y nueve siglos de antigüedad tiene ese trono, y el huracan de las revoluciones no lo ha derribado; diez y nueve siglos há que la barca de San Pedro flota en el océano de la humanidad, sin que las horribles oleadas que llaman guerras la hayan nunca sumergido; la navecilla boga, y boga remada por el espíritu de verdad, llevando por brújula el dedo del Omnipotente, que desde lo alto le señala el derrotero de la gloria.

Esta maravillosa asociacion, cuyos poderes se hallan admirablemente distribuidos; esta máquina, cuyas ruedas con tal destreza engranadas jamás alteran el movimiento que quiso darles el soberano Artífice, obra es de estudio para los sabios, siempre fatigados tras de nuevas teorías, y perpetuamente empeñados en el problema perpetuamente viejo de la humana felicidad.

III

Mientras los sabios discuten la naturaleza de la autoridad y las formas como ésta puede aparecer, la Iglesia asienta y practica la única doctrina verdadera acerca de la autoridad, y adopta una forma de organizacion, una política externa, que no es rigurosamente la monarquía, ni la aristocracia, ni la república, y tiene sin embargo lo bueno de todas esas formas, y evita lo malo que dentro de esas formas pudiera contenerse y con dolorosa frecuencia se contiene: es monarquía, por cuanto el poder reside en uno; es aristocracia, por cuanto á los mejores puestos son llamados *los mejores*; es democracia, por cuanto para todos los puestos, incluso el pontificado, son aptos *todos* por razon del origen: tiene del absolutismo la centralizacion; tiene del constitucionalismo la discusion; tiene del republicanismo el sufragio.

Como dentro del orbe católico hay naciones sujetas á todas las enunciadas formas de gobierno, la Iglesia, que es maestra de la verdad, puede enseñar á todas con el ejemplo, mostrando sobre todas accion saludable por lo que se refiere á su sistema orgánico, á su manera de ser. A los reyes enseña la Iglesia con su pontificado electivo, que el poder se recibe primero en el mundo, y Dios lo confirma en el cielo; que la eleccion ó la herencia no modifican la naturaleza esencial del poder; una vez aceptado, sometidos una vez los súbditos, el poder es la representacion de Dios en la tierra; *omnis potestas á Deo*: toda potestad viene de Dios; ora llegue por conducto de los que expresamente eligen, ora por la sucesion hereditaria. La Iglesia con sus congregaciones, y sobre todo con sus concilios, ha enseñado á los pueblos desde los rudimentos de los sistemas llamados representativos: les ha enseñado á discutir, á deliberar, y hasta á votar. La Iglesia, elevando á las prelacias, al capelo y aun á la tiara á los hijos del pueblo que de tal honor se hacen dignos por su virtud y sus letras, ha definido y explicado la aristocracia, aniquilando los privilegios de raza que tanta sangre costaron en la Roma de los Césares. La Iglesia, acatando en el último presbítero la misma potestad de consagrar el pan y el vino, que en el Sumo Pontífice, cabeza de la gerarquía; la

Iglesia, reconociendo en cada cristiano un súbdito, sea cual fuere su condicion, contando el número de almas y jamás apreciando la condicion de ciudadanos ó extranjeros, de nobles ó de plebeyos, de ricos ó de pobres, define y explica la democracia, la santa igualdad de los espíritus ante Dios, alterable solo por la diferencia de las obras y el caudal de los merecimientos.

La Iglesia, legislando, ha dado la norma del legislar. La Iglesia, gobernando con formas no definidas, peculiares, *sui generis*, con formas que no son las de los poderes temporales, y sin embargo las abarcan todas, ha dado la norma del gobernar.

La Iglesia, ofreciéndonos el espectáculo de un Pontífice que se titula *siervo de los siervos*, Sumo Sacerdote cuya misa tiene el mismo valor que la misa celebrada por el último presbítero, da á los que mandan una leccion solemne para que no se estimen de mejor naturaleza que los subordinados, ni con otra alma diversa favorecidos: la Iglesia, ofreciendo el espectáculo de un Pontífice que recibe la absolucion de manos de un ministro que es súbdito suyo en la gerarquía, da un alto testimonio á todos los súbditos de que en serlo no hay humillacion; pues obedeciendo al poder justo, sea éste espiritual ó temporal, obedecemos á Dios, y á Dios todos debemos obediencia, desde el Pon-

tífice Sumo hasta los infelices que se agitan en las postreras capas de la sociedad.

IV

Nunca en sus actos la Iglesia se ha mostrado inconsecuente con su doctrina: condenando la esclavitud, elevó al individuo; santificando el matrimonio, regularizó la familia; declarando obligacion de conciencia la sumision al poder, y pecaminosas todas las insubordinaciones, ordenó la sociedad: ponemos á la historia por testigo.

La Iglesia, inspirando el sentimiento de la dignidad humana, dió la clave del progreso; porque la dignidad humana, el valor del hombre como hombre, eran ideas desconocidas del paganismo. La Iglesia no armó el brazo del esclavo contra el señor, pues ella condena todas las insurrecciones. La Iglesia quiso más bien desarmar el brazo del señor, armado siempre contra el esclavo; pues ella condena todas las opresiones.

La esclavitud no habia de abolirse con el triunfo de Espartaco; ha de abolirse con el triunfo de la Cruz: no ha de hacerse el milagro con la fuerza; ha de hacerse con la doctrina; y el milagro se hace. Si comparamos la esclavitud en tiempo de los emperadores cristianos, la esclavitud á contar desde Constantino, con la esclavitud de los tiempos an-

teriores, aun la del mismo siglo de Augusto, llamado comunmente siglo de oro, observamos un cambio consolador, un paso felizmente dado en la senda de la justicia y de la razon. El inhumano derecho de vida y muerte ha desaparecido; se acrecientan y facilitan los medios de manumitir; se mejora la condicion de los manumitidos; se destruyen, finalmente, piedra por piedra aquellas horribles fronteras que separaban las clases: entre el ciudadano y el imperante, la frontera de la persona al dios; entre el ciudadano y el siervo, la frontera de la persona á la cosa. La predicacion y el ejemplo de los cristianos, filtrándose, digamos así, en todas las capas sociales, realizan una felicisima regeneracion, y cambian en buen hora la faz de la familia, la faz de los pueblos, la faz del mundo.

Quando al ampliar este punto capital de la historia crítica estudiamos los admirables escritos del insigne Balmes, tanto como el espíritu profundo y la vasta erudicion de aquel sabio sacerdote, nos maravilla la ingenuidad bondadosisima con que se propone refutar y refuta á Mr. Guizot. Es Mr. Guizot uno de los primeros pensadores de Europa, una de las inteligencias mas claras del siglo

actual; y sin embargo, en sus tan famosas disquisiciones históricas acerca de la civilizacion, hace prodigios de ingenio y lleva la sutileza hasta los límites de la inverosimilitud, no ya por negar, sino por amenguar, por oscurecer en lo posible el influjo *decisivo* que la Iglesia ejerció en la marcha de las sociedades por el camino del verdadero progreso.

El eminente publicista frances no pertenece á la comunión católica: este dato es indispensable para leer con fruto, ó mejor dicho, para leer sin riesgo la *Historia de la civilizacion*: su autor, que en la esfera de lo puramente humano camina por entre los escombros del imperio romano con una seguridad pasmosa, alumbrando los sombríos confines de la historia con la luz de su talento y la antorcha de su crítica, cuando llega á la esfera de lo sobrehumano, cuando en virtud de la ilacion lógica sale á su encuentro la doctrina evangélica como elemento civilizador; Mr. Guizot, que se llama cristiano, pero no es católico, distingue entre el cristianismo y la Iglesia; señala á la Iglesia constitucion posterior al cristianismo, y la considera ya como fuente de una influencia peligrosa y aun perjudicial. Tendia la Iglesia en el siglo V, segun Mr. Guizot, «á hacer prevalecer en la sociedad el principio teocrático, á apoderarse del gobierno temporal, á dominar exclusivamente; y

cuando tales fines no alcanzaba, se unia con los príncipes temporales; y para compartirlo sostenia su poder absoluto á costa de la libertad de los súbditos.»

En honor de la verdad, ántes de que hubiesen salido á la luz de la filosofía y de la historia los pensamientos de Mr. Guizot, se habian lanzado contra la Iglesia inculpaciones de igual y mayor gravedad; pero contestadas todas en la dilatada serie de los siglos, á contar desde los primeros Padres apologistas, no parecia probable que volviesen á surgir, ni aun evocadas con el conjuro de un talento tan poderoso como el de Mr. Guizot.

La Iglesia á quien se refiere el historiador calvinista, es la Iglesia católica apostólica romana, una y santa, segun estaba ya definida en el concilio de Nicea: la Iglesia católica de entónces, que por la no interrumpida sucesion de los Pontífices, por la inquebrantable comunión del dogma, de la fe y del bautismo es la Iglesia católica de hoy; la Iglesia de los diez y nueve siglos, ora la rija un Clemente, ora un Gregorio, ya un Leon, ya un Bonifacio, ya un Pio; la Iglesia católica de hace mil cuatrocientos años es la Iglesia católica de hace trescientos años, es la de hoy sin cambios esenciales, sin novaciones, sin variedad.

La santa causa del catolicismo es siempre la misma, es inmutable como la verdad; los miem-

bros de la Iglesia reformada no pueden defender hoy la causa del catolicismo, no la pueden defender en fecha alguna: adversarios del pontificado, caerian en inconsecuencia que lastimara su orgullo si reconociesen el influjo, volvamos á repetir, *decisivo* que el pontificado, como centro de unidad, de saber y de justicia, ejerció en dias borrascosos para las sociedades.

Deseando pues, mejor dicho, necesitando segun la verdad histórica cantar las glorias del cristianismo, y no pudiendo, á nuestro modo de ver, cantar las glorias de la Iglesia sin inconsecuencia que lastime su orgullo, escritores de la talla de Mr. Guizot han tenido que dividir y desglosar principios que son indivisibles é indesglosables, y penetrar en un laberinto de concesiones y negaciones segun hablan del cristianismo ó del catolicismo, y perderse por fin en un sistema de argucias y de quimeras que si hace honor á la sutileza de su ingenio, los expone á que un escritor de vasta ciencia y pura ortodoxia, tomando por convencimiento lo que es quizá conveniencia, destruya el laberinto y refute seria y prolijamente esas distinciones, para evitar que induzcan en error, y restablecer la verdad histórica, filosófica y religiosa al ser y punto de que no debió salir. En esa digna tarea entró, y de ella salió coronado por la victoria nuestro profundo pensa-

dor Balmes. Si para impugnar á Mr. Guizot hubiese escrito solamente estas palabras: «La Iglesia, cuyo influjo niega el autor, es la católica apostólica romana, de la cual son enemigas las llamadas iglesias reformadas,» habria considerado como redundantes las páginas que consagraba á la materia: la ciencia sin embargo agradece en extremo la bondadosísima ingenuidad de Balmes, y nosotros admiramos y bendecimos las redundancias del autor de *El protestantismo comparado con el catolicismo*. Si Dios, cuyos decretos son siempre adorables, hubiera otorgado al gran filósofo unos años más de vida, habria podido aquella alma grande y generosa dilatarse de gozo al ver al mismo Guizot, á su sabio adversario, defender en 1861 la causa de la justicia y de la verdad desde el terreno de la filosofía y de la historia. *La Iglesia y la sociedad cristianas en 1861* por Mr. Guizot, obra notable que aun deberemos citar más de una vez, es en efecto una gran protesta de la justicia contra la iniquidad, de la verdad contra el error.

VI

No puede, negarse sin negar la historia y sin recusar la irrecusable autoridad de los mas doctos escritores, que en el carácter de los pueblos

septentrionales, herederos del imperio de Occidente, se descubren rasgos notables de *personalismo*, de estimacion del hombre como hombre, de participacion de la mujer en las consideraciones, en los beneficios de la sociedad humana. La mayor pujanza en el combate da mayor excelencia y gerarquía; por manera, que asi como en los últimos tiempos del cesarismo es mas adorado el hombre cuanto ménos hombre es, en las bélicas tribus del Norte vale tanto mas el hombre cuanto mas hombre se muestra. Y la mujer no es un torpe instrumento de deleite, el bello adorno de la mansion sibarítica, el mas precioso de los muebles de recreo; la mujer participa de las fatigas del guerrero, alienta y estimula á la victoria, y comparte mas tarde los despojos: la mujer no compra con oro al marido como en el siglo de Augusto; el marido va á dotar á la hembra, y van á establecerse los gananciales, y va á brillar en la madre un destello de la patria potestad. Tales son las consecuencias que el derecho y la sociedad obtienen de esos caracteres de *personalismo*, de vigor humano, digamos así, que se descubren en las razas septentrionales, herederas del imperio de Occidente.

Mas no bastaria el talento de Mr. Guizot, no bastarian las sutilezas de todos los filósofos ni el empeño de todos los historiadores para probar

que el elemento germánico por sí solo produjese la gran trasformacion de los siglos V al VIII. Dado que el mismo insigne publicista frances declara que el sentimiento de la dignidad humana á que nos hemos referido era en los germanos un egoismo horrible; dado que aquel espíritu de independencia, aquel carácter frio, libre, *personalista*, ni procedia de una virtud del alma, ni reconocia limite, como que era ni más ni ménos una condicion orgánica, una reminiscencia de la semisalvaje vida de los bosques; dado finalmente que en el carácter de los invasores solo existe el gérmen de lo que despues será libertad, dignidad y sociabilidad, ¿dónde buscaremos el calor que desarrolle ese gérmen, la luz que ilumine al mundo en este período crítico, en esta evolucion interesantísima de la existencia universal?

VII

El filósofo autor de la Historia de la civilizacion, y todos los autores de historias y de filosofias convenrán con nosotros en que el sentimiento germánico *por sí solo* no pudo dictar las leyes del Fuero-Juzgo, no pudo dar de sí las glorias de Recaredo, las escuelas de la España gótica; no pudo proporcionar á la Italia el espectáculo que Teodelinda le ofreció á fines del siglo VI, ni á los

francos el de los tiempos de Clodoveo, ni abrir á los anglo-sajones las puertas de la verdad, cerradas hasta la predicacion del gran monje Agustin; el sentimiento germánico por sí solo jamás hubiera regularizado la familia, suavizado las penas, creado la autoridad sobre anchas bases, escogitado el asilo ni preparado por último las glorias de Carlo-Magno y de Fernando el Santo.

De arriba viene la luz: busquémosla en la doctrina católica, y la encontraremos.

Homero habia dicho que Júpiter quitó á los esclavos la mitad de la mente: si se nos desecha esta autoridad por ser de un poeta y no hacer mucha fe en los grandes juicios de la razon los testimonios de la fantasia, acudirémos á Platon, que se conforma casi totalmente con el dicho del poeta, ó nos detendrémos en Aristóteles, que establece la existencia de libres y esclavos por naturaleza: no mucho más benévolos fueron en sus escritos con los esclavos los poetas y filósofos de Roma. Ahora bien: si cuando los pueblos del Norte derribaron el imperio habia ya muchos años que se predicaba en el mundo la doctrina de la igualdad ante Dios, de la unidad del género humano por la naturaleza en Adam y por la gracia en el bautismo; si en el espacio de dos, tres y aun cuatro siglos se habian repetido las palabras de San Pablo: «no hay judío ni griego, no hay esclavo ni